

Centrífugos y centrípetos

El orden del ciclo electoral en el que estamos es bien sabido: autonómicas en el País Vasco y Cataluña, y después las europeas.

De lo regional y pequeño —sin ninguna intención despectiva, claro—, a lo supranacional. El calendario habrá colocado a quienes en ellas participan ante una manifestación más de eso que llamamos "gobierno multinivel", que es una forma bastante adecuada de expresar la forma en la que la gobernanza se ordena en el espacio. Desde una

perspectiva jurídico-administrativa se antoja como bastante simple, es una cuestión de distribución de competencias entre diferentes instancias geográficas de decisión. Otra cosa es ya su adaptación a lo identitario, al vínculo predominante emocional que cada una de esas espacializaciones tienen con el ciudadano. El hecho de que las dos elecciones primeras se vean rasgadas por fracturas identitarias mientras que la tercera sea más fría y distante —enseguida veremos que solo lo es en apariencia—,

nos permite sacar a la luz sus muchas similitudes y diferencias y las dificultades de conjugar la política a diferentes escalas.

Por las peculiaridades de las elecciones vascas y catalanas, la principal diferencia entre estas y las europeas es que en las primeras predomina el impulso hacia la separación, a mirar hacia dentro, mientras que en las otras el impulso es —debería ser, más bien— hacia la unificación; lo que nos se para frente a lo que nos une. Unas son densas, cercanas y profundas, y otras son ligeras, lejanas y superficiales. Pero el recorrido político de los diferentes ámbitos es también distinto. Las primeras son de pequeño recorrido espacial y, por tanto, limitadas en las opcio-

nes que nos ofrecen; las otras nos abren a un abanico de posibilidades de acción política casi ilimitado, nos habilitan para hacer frente con mayor eficacia a los desafíos que nos afectan a todos por igual. El *trade-off* entre denso y ligero se resuelve así recurriendo al pragmatismo, a favorecer un compromiso entre corazón y razón.

Desde luego, siempre hay quienes mantenemos también un vínculo sentimental con la UE, para quienes es algo más que un entramado frío y tecnológico, sin que erosione en lo más mínimo el vínculo nacional. Aunque para muchos, quienes votan a partidos nacionalpopulistas, debería desaparecer o limitarse a su función de merca-

do común. Para ellos solo existe una lealtad posible, aquella hacia la propia nación "sentida". Y esto nos conduce ya más directamente a las vascas y catalanas, donde el esfuerzo por parte de los partidos nacionalistas e independentistas se apoya sobre esa supuesta imposibilidad de combinar identidades. A estos efectos da igual que la mayoría de su población reconozca sentirse a la vez como vasco/catalán y español. Identidad, como la madre, solo puede haber una. Por otra parte, como es obvio, difieren en su grado de españolidad, y esa diferencia es la que se ha trasladado a su distinta capacidad de autogobierno. Pero no son como los griegos en el im-